

PIERO DEGLI ANTONI

PABELLÓN 11

EL NIÑO NAZI

Un campo de concentración.
Un prisionero por sacrificar.
Un thriller apasionante.



Mützen ab!

Dos simples palabras pueden transportar al pasado. Eso es lo que sintió Moshe cuando volvió a escucharlas muchos años después. Sintió el frío de Auschwitz, el terror de la voz de los oficiales y el olor fétido de la muerte.

Auschwitz, 1944.

Debido a la fuga de unos prisioneros y como castigo ejemplar para el resto, diez personas son recluidas en una celda del pabellón 11 para ser asesinadas al día siguiente. Pero un repentino cambio de decisión por parte del *Kommandant* altera los planes: solo morirá uno, pero serán ellos mismos los que decidan quién. Comienza así una lucha encarnizada en la que valorar quién merece vivir y quién merece morir no resulta tan sencillo como en un principio parecía. En el otro lado del campo, el *Kommandant* ve cada vez más claro que la guerra está llegando a un final trágico, y se pasa la noche jugando con su hijo una partida de ajedrez que resulta ser un terrible espejo de la realidad. La lucha por la supervivencia y la parcialidad de la bondad y la maldad del hombre componen el engranaje de este *thriller* psicológico apasionante a la vez que profundamente humano.

*A mi padre, partisano sin ideologías,
que supo estar de la parte justa*

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias sobre todo a Nedo Fiano, superviviente de Auschwitz. Tuvo la paciencia de explicarme cómo era realmente la vida en el campo y la benevolencia de leer el libro. Gracias también a Paola Caccianiga, cuya colaboración en la fase de estructuración de la trama y de definición de los personajes fue, como siempre, impagable. Gracias a Vicki, que me apoyó con todas sus fuerzas en lo que, al principio, parecía tan solo una veleidad. Y gracias a Rossella, crítica inclemente pero, precisamente por ello, valiosa como ninguna.

Para escribir esta novela he intentado documentarme de manera exhaustiva, pero es posible, creo que incluso probable, que haya cometido alguna inexactitud, superficialidad o error. Espero que nadie se ofenda por ello y, en caso de que sea así, pido disculpas de antemano. A mi favor solo puedo decir que he tratado de abordar el tema de Auschwitz con el reverente respeto que merece la mayor tragedia de la historia humana.

Despiértate... despiértate, cariño...

El viejo que dormía a su lado abrió los ojos con dificultad.

—Mmm... ¿qué pasa, *libling*?

—Es hora de levantarse... Hoy es el día, ¿no te acuerdas? Ven, prepararé el desayuno.

La mujer apartó las mantas para poder deslizar los pies hasta el suelo. Cuando hubo apoyado firmemente las plantas en el pavimento hizo fuerza con un brazo para levantarse. Era vieja, y estaba cansada, de manera que la maniobra para lograr ponerse en pie requería cada mañana un poco más de energía.

Se mantuvo sentada durante unos segundos esperando a que se le pasase el mareo y a que su corazón empezase a latir con normalidad. Detrás de ella su marido yacía inmóvil, con los ojos abiertos de par en par. Esperaba a que, de alguna parte del cuerpo, fluyese la energía que necesitaba para poder levantarse.

Ella contó para sus adentros: «Uno..., dos..., tres...»; cuando llegase al diez debía estar ya de pie. Sentía una inexplicable sensación de alivio que al principio la maravilló, pero no tardó en comprender: tomarse todo el tiempo que deseaba para levantarse de la cama era un lujo que no se había podido permitir durante buena parte de su vida.

«Diez...», inspiró hondo y se puso en pie. Sintió que la cabeza le daba vueltas, pero al final logró dar el primer paso. Avanzó tres o cuatro más y se apoyó en el alféizar de la ventana. A través del cristal podía contemplar la calle de

Brooklyn envuelta en un alba lívida. El panorama no era lo que se dice espléndido —casas bajas de dos pisos, un estanco en una esquina, una escuela al fondo, nada que ver con los rascacielos de Manhattan—, y, sin embargo, a ella le gustaba ese pequeño mundo donde sabía que nada la amenazaba.

Se volvió hacia la cama. Su marido forcejeaba para liberarse de las sábanas.

—Espera, te echo una mano.

Tras dar la vuelta a la cama se inclinó sobre él. Apartó las sábanas que se le habían enrollado alrededor de los pies, le alzó los tobillos macilentos y lo ayudó a apoyar los pies en el suelo. Él se incorporó y sus caras quedaron la una frente a la otra. Se miraron a los ojos y, por un instante, ella percibió ese brillo insolente que, hacía ya muchos años, la había fascinado.

Ahora el hombre estaba sentado, con la espalda curvada por la edad. La chaqueta del pijama a cuadros escoceses colgaba flácida de sus hombros delgados. Ella hizo ademán de cogerlo por las axilas y de ayudarlo a levantarse, pero él la apartó con un gesto.

—A *brokh!* En primer lugar, no estoy tan decrepito —dijo él—. En segundo lugar, el día en que no logre levantarme de la cama te ruego que llames a un policía y le digas que soy un delincuente que quería violarte y que me dispare. En tercer lugar, si vuelves a intentar alzarme acabaremos los dos en el suelo.

La mujer sonrió con disimulo.

Orgullosamente aferrado a la cabecera de la cama, su marido logró ponerse en pie.

—Voy al cuarto de baño —anunció como si fuese una declaración de guerra.

Ella se dirigió a la cocina, un pequeño habitáculo donde apenas podía entrar más de una persona a la vez. Encendió el fuego bajo la cacerola que ya había dejado preparada la noche anterior. Abrió una puerta del mueble de la vieja co-

cina pintada de blanco —no la habían cambiado desde los años cincuenta— y cogió lo necesario para poner la mesa. Dispuso todo sobre una bandeja y lo llevó a la sala, la habitación más bonita del piso. Tenía el suelo de madera y el techo con adornos de estuco de yeso. A lo largo de la pared se abrían tres ventanas que daban al pequeño parque del barrio. En el centro había una mesa larga y estrecha, más adecuada para un restaurante o un banquete nupcial que para una casa privada. Arrastrando las zapatillas verdes de fieltro que llevaba en los pies, la mujer dejó la bandeja con la vajilla en el centro de la mesa y empezó a ponerla. Se trataba de unas viejas escudillas de metal, corroídas en algunas partes y prácticamente desconchadas. Restos viejos y retorcidos. Las colocó una a una siguiendo un orden riguroso. La primera, la segunda, la tercera... Hasta llegar a diez. Observó la mesa para comprobar que había respetado minuciosamente la simetría. Volvió a la cocina. Miró el interior de la cacerola que había dejado al fuego. En ella hervía un mejunje negruzco. La vieja lo probó con una cuchara y apagó la llama.

Abrió otro armario y sacó una gran bolsa de papel. Cogió una hogaza de pan negro, que cortó, no sin cierta dificultad, con un cuchillo de sierra: el pan era viejo y duro, de aspecto poco apetitoso. Lo dividió en diez trozos idénticos, deteniéndose una y otra vez para controlar las dimensiones de cada uno de ellos. Puso el pan en una cesta y volvió a la sala. Efectuó de nuevo el periplo de la mesa colocando una porción al lado de cada escudilla. Empuñó la cacerola con el café y la llevó también tambaleándose a causa del peso. Sirvió una dosis abundante en cada una valiéndose de un viejo cucharón torcido. Apenas hubo terminado, su marido salió del cuarto de baño, vestido y afeitado. Lucía un alboroz blanco.

—Ya has preparado todo —constató disgustado por no haber podido ayudarla.

—Vístete y vuelve después.

El hombre regresó al cabo de unos minutos. Vestía un traje de lana fresca, marrón claro. Los pantalones, demasiado largos, rozaban el suelo. Los puños de la camisa quedaban prácticamente fuera de las mangas de la chaqueta. Lo que en el pasado había sido un traje de buena calidad ahora parecía un andrajo.

Se acomodaron uno al lado del otro. Él se sentó a la cabecera y ella a su izquierda.

El hombre partió un trozo del pan duro y negro y lo hundió en el sucedáneo de café para reblandecerlo. Los dientes que le restaban ya no eran los de antes, pero no cedía a la idea de tener que utilizar una prótesis. En su fuero interno todavía se sentía como el joven que había sobrevivido milagrosamente al infierno. Mordió con cautela el pedazo e hizo un esfuerzo para tragárselo. La mujer lo imitó.

El resto de la mesa estaba desierto. De las ocho escudillas ordenadamente colocadas, se alzaba en el aire un hilo de vapor acuoso que se dispersaba a media altura, mientras los otros trozos de pan esperaban a que alguien los devorase. El hombre se comió otro pedazo y sorbió una cucharada de café, en tanto que ella se contentó con unas cuantas migas. Desayunaron absortos, envueltos en un silencio sagrado que jamás habrían osado romper. Sus ojos estaban pensativos, atravesados por unas imágenes distantes y terribles.

Transcurrió una decena de minutos sin que nadie más se sentara. Los ocho asientos sobrantes permanecieron vacíos. De los cuencos no se alzaba ya ningún vapor: el líquido negro se estaba enfriando. La mujer contempló las escudillas vacías y las migas esparcidas sobre el mantel.

—¿Has acabado, *hartsenyu*? —le preguntó. El marido asintió con la cabeza y acto seguido se levantó.

—¿Te preparas? —le inquirió.

La mujer negó con la cabeza.

—Esta mañana estoy cansada. Ve tú. Dile al *rabbi* que no me encuentre bien.

Él vaciló, sorprendido por la decisión de su esposa.

—¿Estás segura?

—Ve. Yo recogeré aquí, quizá me dé un baño. ¿Te espero para comer?

Él dudó que la frase estuviese encerrada entre signos de interrogación, pero, de todas formas, asintió con la cabeza. Se puso el abrigo y el sombrero de ala ancha pasado de moda al que se había aficionado hacía treinta años.

Una vez en la puerta, como todos los días en los últimos cincuenta años, se intercambiaron una caricia en la mejilla. El hombre salió sin pronunciar palabra.

El hombre del traje azul claro contempló por la ventanilla del avión, que se había inclinado hacia un ala, el aeropuerto Kennedy. El aire era límpido y terso, como pocas veces sucedía en Nueva York. El momento de la llegada se iba aproximando y, a medida que se acercaba a su meta, el hombre —de unos sesenta años, de aspecto todavía juvenil, alto, rubio, con entradas en las sienes y unos ojos azules sutiles y penetrantes— sentía crecer la inquietud. Había recorrido más de ocho mil kilómetros y en ese momento habría dado cualquier cosa para regresar sin haber llegado a tocar tierra. Pero era imposible. Sabía que debía seguir adelante y concluir lo que había iniciado hacía más de un año.

Debía... Sí, era un impulso más fuerte que su voluntad. *Debía.* Debía ir a Nueva York y debía tocar ese timbre. Si escapaba ahora, jamás volvería a tener el valor de hacerlo y luego no podría perdonárselo. Debía cerrar ese círculo que se había abierto hacía cincuenta años. De no ser así nunca recuperaría la paz. Hacía un año había recibido un paquete procedente de Alemania que había dado un vuelco a su vida. Jamás habría imaginado que un paquete de apariencia tan insignificante fuese capaz de provocar un efecto tan intenso. Un paquete pequeño —algo más grande que una caja de zapatos— había conseguido alterar por completo su existencia.

Muchos habrían dicho que no era culpa suya, que él era inocente y, sin embargo, se sentía responsable, como si hubiera sido testigo de un homicidio y no hubiese hecho na-

da para impedirlo. Debía expiar el crimen de alguna forma, y esperaba haber encontrado la manera justa de hacerlo. Él no tenía la culpa...; muchos se lo habían repetido, su esposa la primera. No tenía nada que ver, era *inocente*. Mas él sentía que no era así. Gracias a sus padres había llegado a ser lo que era, *para bien o para mal*. No podía pretender ser tan solo dueño de la parte buena y desechar la mala. O se acepta toda la herencia, con sus créditos y deudas, o se rechaza. Y él la había aceptado, con la carga insoportable que, desde hacía un año, pesaba sobre su conciencia. Había ido hasta allí, hasta Nueva York, para tratar de saldar una deuda que se remontaba a cincuenta años atrás. No sabía si lo lograría, aunque confiaba en ello.

El avión se enderezó y apuntó el morro hacia la pista de cemento. Faltaban unos minutos para aterrizar.

Al salir de la sinagoga la luz del sol lo cegó por unos instantes. Entornó los ojos y, debido a ello, no notó la presencia de un hombre rubio que lucía un traje azul claro muy ligero al otro lado de la calle; las suaves ráfagas de viento agitaban las faldas de la chaqueta. El hombre estaba cuchicheando con un judío ortodoxo que iba tocado con una *kippah* y tenía unos largos *peot*. Cuando lo vieron, el judío alzó un brazo para señalarlo. El rubio esbozó una sonrisa y le dio las gracias. El judío dio media vuelta y se marchó, mientras el hombre rubio se quedó observándolo sin moverse.

Pero él no se dio cuenta. Tomó el camino hacia su casa meditando sobre lo que había dicho el rabino. La oración en la sinagoga no lo había reconfortado demasiado. Sus labios susurraban las palabras, pero su mente seguía otro alfabeto. Sentía que su cerebro intentaba huir lo más lejos posible pero que, a la vez, algo lo hacía retroceder irremediablemente, como un perro que, ladrando, trata de salir corriendo de su caseta y debe detenerse a causa de la cadena. El cielo estaba azul y terso, aunque un viento gélido barría las calles. El mismo frío de entonces. Si bien estaban en el mes de abril, la primavera parecía todavía lejana. Miró en derredor, titubeante. Se paró. ¿Volver a casa? No tenía ganas. El motivo no era su esposa, su querida *libling*, sino ese impulso irresistible de escapar, sobre todo de sí mismo.

Oyó la sirena del remolcador de la bahía y, de repente, se le ocurrió una idea: dar una vuelta en el barco que solían coger los turistas. ¿Desde cuándo no lo hacía? Puede ser

que, a decir verdad, nunca lo hubiese hecho. Los primeros años en Nueva York no habían sido fáciles, y después..., después siempre había tenido algo en que pensar. ¡Una vuelta en barco, claro!, ¡qué buena idea! Animado por la perspectiva, levantó el brazo para parar un taxi. Un cuarto de hora después estaba en el Pier 83. Se apeó como pudo del vehículo, pero aun así detuvo con un gesto imperioso de la mano al conductor, que quería ayudarlo. Apenas estuvo fuera alzó la cabeza. Había tenido suerte: el barco estaba atracado y varios pasajeros subían a él en ese momento. Faltaba poco para la partida.

Compró el billete en la taquilla instalada en la caseta de madera blanca que había sobre el muelle, y apretó el paso en dirección al barco.

—Partimos dentro de diez minutos —le informó el marinero que le picó el billete.

Se acomodó en la cubierta superior, al aire libre. Se arrebujó en la chaqueta, que, por desgracia, era demasiado ligera. Hacía frío, pero no quería perderse el espectáculo de una mañana tan encantadora. El sol, el aire transparente: precisamente lo que necesitaba para combatir los malos pensamientos. Las sillas de plástico atornilladas al suelo estaban en su mayor parte vacías. Solo un grupo de jóvenes, quizá unos turistas que visitaban la ciudad, alborotaba a unos diez metros de él.

Al cabo de unos minutos, tal y como habían anunciado, el barco se puso en marcha con una ronca acelerada de sus motores diesel. Una nube de humo negro y maloliente los envolvió durante unos segundos; acto seguido, el viento dispersó cualquier rastro de las descargas.

Se encontraba en medio de la bahía. La barca se alejaba de la orilla regalándole un cambio de perspectiva gradual, pero continuo. A medida que la distancia aumentaba el contorno de la ciudad adquiría nuevos detalles, como si cada vez se añadiese una nueva pieza a un enorme puzzle. La

atmósfera y la vista lo calmaron. Ahora se sentía realmente en paz.

El barco cambió de rumbo y aumentó la velocidad mientras se dirigía a la Estatua de la Libertad. El viento soplabla a sus espaldas.

—... Zen...

Las ráfagas le hacían llegar fragmentos de la conversación que mantenían los jóvenes que estaban sentados a sus espaldas.

—... Sch... eutz...

Intentó ignorarlos, pero esas sílabas que se perdían en el viento penetraban en su interior. Intentó resistir, borrarlas de sus oídos y de su mente hasta que...

Mützen ab!

Moshe palideció de golpe. Su corazón se detuvo de repente como un pistón oxidado.

Mützen ab!

Una serie de carcajadas lo alcanzó, pero chocó contra su expresión turbada. Confuso, se volvió lentamente. Los jóvenes se empujaban, gritaban, se reían. Uno de ellos, más gordo que los demás, alargó un brazo hacia uno de sus compañeros, le cogió el gorro y se lo quitó señalándole la Estatua de la Libertad.

—*Mützen ab!* —gritó, y rompió a reír de forma estentórea.

Él se aovilló en la silla, tapándose las orejas con las manos para no oírlos. *Mützen ab! Mützen ab! Mützen ab!* Chirrió los dientes y cerró los ojos, pero las sílabas lo retenían a su pesar. Lo atraparon con sus garras y lo hicieron retroceder violentamente, cada vez más lejos, hasta que se hundió en la vorágine profunda del pasado...

Mützen ab!

El hombre miraba al suboficial angustiado, en parte por el deseo de obedecer sus órdenes y en parte por el hecho de no saber cómo hacerlo. No hubo tiempo para más: con el dorso de la mano el SS le golpeó la boina, que voló muy lejos.

—*Mützen ab!* —le volvió a gritar a la cara. Acto seguido cogió la gruesa porra que llevaba metida en la cintura y la levantó por encima de su cabeza, listo para asestar un golpe mortal.

—*Herr Oberscharführer, einen Moment, bitte* —intervino una voz a espaldas del soldado. El guardia se volvió incrédulo: nadie se atrevía a entrometerse... Pero, apenas vio a la persona que lo había llamado, el rostro del SS se dulcificó en una sonrisa.

—Ah, eres tú, Moshe...

El prisionero, no muy alto y ni siquiera particularmente robusto, respondió con una sonrisa descarada como la de un niño. Dado que no podía salir de la fila del recuento, esperó a que el guardia se acercase a él. El soldado lanzó una ojeada al prisionero al que estaba a punto de golpear y, a continuación, bajó la porra.

—*Lève-toi ton bonnet, imbécile!* —susurró Moshe dirigiéndose al otro prisionero.

—¿Qué le has dicho? —preguntó el SS con suspicacia.

—Que *Mützen ab* significa que se quite el gorro, y que lo recuerde para la próxima vez.